

# ¿Es posible otro mundo?<sup>1</sup>

H O R S T - E B E R H A R D R I C H T E R

**S**eñoras y señores,  
Freud alguna vez dijo que los psicoanalistas no pueden evitar que la sociedad se disguste con ellos, pues deben ponerle de presente sus represiones del mismo modo en que suelen hacerlo con los pacientes individuales, quienes ofrecen resistencias similares a tal descubrimiento. Por lo tanto, al analista le toca vivir bajo la acusación de que por culpa de él peligran unas ilusiones y unos ideales sociales.

En realidad, a Freud le tocó soportar un torrente de difamaciones durante muchos años, precisamente porque con su teoría sexual había tocado un tabú. Se le temía como pionero de un libertinaje desenfrenado. Pero intervenía también un serio malentendido. En realidad, la sociedad se sentía provocada por Freud en un momento en que un tema reprimido ya estaba tratando de salir a la luz. Sólo que unos miedos y unas prohibiciones prolongaban aún su represión. De ahí las resistencias inicialmente masivas y la demora en la rehabilitación de una de las figuras esclarecidas más destacadas en los tiempos modernos.

Ocurrió algo similar a lo que suele ocurrir en la terapia individual. Finalmente, Freud pudo apoyarse en el hecho de que la represión en la sociedad ya se había debilitado un tanto. De modo que el intento de sacudirla más enérgicamente terminó por surtir efectos. Podríamos preguntarnos ahora si no es posible que la actualidad ofrezca un tema de represión de importancia social parecida a la interrogación del análisis crítico. Por cierto, resulta un tanto aventurado pensar que se ofrezca. Más aún, estamos en tiempos en que la mayoría de los psicoanalistas se considera feliz si puede asegurarse un lugar reconocido en el sistema de asistencia clínica y si logra demostrar que su trabajo práctico ofrece alguna ayuda y que por tanto es necesario. Pues bien, cuando uno ha contribuido con algún éxito con ese tipo de demostraciones, no resiste la necesidad de dedicarse también a la cuestión señalada.



<sup>1</sup> Conferencia pronunciada con motivo de la despedida del cargo de director ejecutivo del Instituto Sigmund Freud (SFI), en la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt el día 3 de diciembre de 2002. El texto fue publicado en la página web del SFI, así como en el diario Frankfurter Rundschau del 4 de diciembre de 2002. Richter, nacido en 1923, había dirigido el instituto desde 1992 y se retiró del cargo en razón de su avanzada edad [N. del T.]. Traducción del alemán a cargo de Vera Weiler, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

En tal empeño me encontré con una anotación que Freud formulara al final de su libro sobre *El malestar en la cultura*, publicado como resultado de un prolongado esfuerzo en 1930. Sus últimas frases dicen lo siguiente: “Nuestros contemporáneos han llegado a tal punto en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de las dos «potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario”<sup>2</sup>.

Quizás, ya entonces Freud intuía la amenaza que se desprende de una mentalidad de destrucción como la que pronto iba a hacer posible el exterminio masivo de los judíos a manos de Hitler. Y, posiblemente también vislumbraba el futuro desarrollo de las absurdas armas de liquidación masiva y advertía que a los seres humanos les iba a resultar difícil volver a liberarse de esos arsenales algún día. Piénsese no más en la estrategia que el Pentágono rediseñara como amenaza nuclear contra Estados que no disponen de armas nucleares. Sobre cómo podría evitarse la temida catástrofe, a Freud no se le ocurrió otra cosa que un llamado al “poder celestial” de Eros, lo cual, salido de la pluma del irreligioso Freud, denotaba una sinsalida más que un auténtico consuelo.

Nadie puede poner en duda que el carácter amenazante de aquellos elementos que dieron pie a las visiones apocalípticas de Freud, desde entonces se ha intensificado notoriamente. Al mismo tiempo se ha buscado cada vez menos la ayuda de los representantes del psicoanálisis para conseguir una mejor comprensión del dilema, menos aún se intenta desarrollar las posibilidades de intervención útil que ellos podrían ofrecer. Yo mismo formo parte del reducido número de psicoanalistas que toman la palabra, sin ser llamados a hacerlo, para formular sus comentarios críticos sobre los desarrollos sociales y políticos, y que no temen al compromiso práctico. Me arriesgo a formular las siguientes reflexiones provocadoras, teniendo presente que Freud animaba a proceder de esa manera. Él advertía que no siempre cuando uno provoca resistencias quiere decir que esté equivocado.

Permítanme que comience con un ejemplo de las últimas semanas. El ministro de asuntos exteriores americano, Powell, en una conversación con su homólogo francés, se enteraba de las reservas de éste frente al unilateralismo americano en relación con los planes de guerra en Irak. De acuerdo con lo que se ha informado, Powell comenta la conducta de su colega señalando que ella denotaría una falta de energía y un carácter afeminado. Richard Rorty, por su parte, da cuenta de unos senadores y congresistas demócratas a quienes se discrimina bajo el término de “eurófilos afeminados”. A los activistas de la paz en Alemania, además de carentes de energía, débiles, afeminados,



<sup>2</sup> Traducción según la versión de las Obras Completas de Freud ofrecida por Ediciones Nueva Hólade, 1995, Biblioteca eLe (electrónica), numeral CLIX [N. del T.].



cobardes, se les llama “huevos blandos”, otra variante más de castración. Así, la decisión a favor o en contra de la guerra, resulta entre otras cosas una prueba de masculinidad o bien de falta de hombría. Se me perdonará que tal situación me recuerde el lenguaje de envalentonamiento del que suelen hacer gala aquellos jóvenes postpúberes, que creen necesario asegurarse de su potencia con arriesgadas pruebas de valor. ¿Por qué será que incluso un personaje como el ministro Powell, a quien se le suele contar más bien entre los políticos sensatos, reacciona de manera tan irritada?

Pienso que su impulsivo estallido representa la condición predominante de gran parte de la élite de poder masculina. A mí me parece que aquí no se trata sólo de la guerra en Irak ni simplemente de la actual política bélica como tal. Creo que más allá de estos asuntos se trata de la defensa de una voluntad de poder masculina que no quiere permitir que la debiliten unos escrúpulos “blandengues, llorones y afeminados”. Pero la exagerada irritación, la misma que en América se le hace sentir al canciller alemán a propósito de su intento de distanciamiento frente a los planes de guerra contra Irak, revela que aquí se sitúa un punto débil. Pues como es de conocimiento común, las personas se defienden con mayor vehemencia contra aquello cuya represión interna mayores esfuerzos les cuesta.

Me pregunto, entonces, si no nos encontramos ante una pista que conduce hacia aquella represión que sería típica de nuestra actualidad y sobre la cual vale la pena trabajar. Por supuesto, que valga la pena no significa que se pueda aspirar a retribuciones y aplausos.

Si no me equivoco, el mismo Freud no llegó a la solución del problema pero sí aportó algo a su explicación, cuando en el trabajo mencionado se quedó atrapado en una notable contradicción. En la parte inicial del texto todavía había elogiado una posición cuyas consecuencias finalmente terminaron por asustarlo. Primero había pensado que Todos podrían trabajar conjuntamente en la felicidad de Todos si, mediante la ciencia y la tecnología, sometieran la naturaleza a la voluntad humana. Este trabajo de la cultura, sin embargo, sería asunto fundamentalmente de los hombres, porque las mujeres –según afirma en otro aparte– tienen una capacidad de sublimación más reducida, y con su interés por la familia y la sexualidad, es decir, por Eros en un sentido amplio, les restarían importantes energías a los hombres, siempre que estos no supieran defenderse lo suficiente contra ello.

Ahora se entiende mejor por qué Freud se limitó a invocar la ayuda del Eros celestial contra la desbordada pulsión de aprehensión<sup>3</sup> masculina, pues resulta claro que también a él se le hizo difícil integrar los estigmatizados sentimientos de ligazón “afeminados” a la autoimagen masculina, así como a la suya propia. En alguna oportunidad Ludwig Binswanger escribió que la personalidad de Freud se caracterizaría

<sup>3</sup> José L. Etcheverry traduce el concepto como pulsión de apoderamiento.

por una enorme voluntad de poder. Éste, por su parte, replicó que si bien no sabía nada de ello tampoco querría contradecir la afirmación, pues lo esencial del carácter de uno, al parecer, sería justamente su naturaleza inconsciente.

He citado a Freud sólo como testigo de una escisión ideológicamente fijada de la imagen del hombre. Esta imagen cultural tiene una larga historia. Me quiero referir a ella con unas breves anotaciones. Las cosas comenzaron cuando en el Renacimiento el individuo autoconsciente se descubrió a sí mismo y quiso liberarse de la subordinación obediente al dominio eclesiástico. Filósofos como Francis Bacon y René Descartes formaron parte de aquellos pioneros que señalaron un camino para salir de la impotencia y de la minoría de edad a través de las ciencias naturales. Bajo la observación vigilante de la Iglesia todavía se quería presentar a la investigación como simple manifestación de una curiosidad inocente. No obstante, el poder estaba en juego desde el principio, en el mismo sentido en que más tarde Freud pondría al descubierto la descendencia del instinto de conocimiento del de aprehensión. Pensadores como Descartes y Spinoza habían registrado ya en el siglo XVII el hecho de que toda conmoción emocional en la cual el Yo sea afectado pasivamente estorbaría la voluntad de aprehensión intelectual. La voluntad, escribía Descartes, debiera apoyarse únicamente en la razón y no debiera dejarse irritar por sentimientos y sensaciones procedentes del cuerpo en lugar del alma. Descartes ya describió la visión de un proceso de conocimiento en progreso sin límites y que podría generar un acercamiento a la perfección divina. Pero ha sido sólo una cara de lo divino lo que estuvo en la mira todo el tiempo, la de la omnisciencia y la omnipotencia. La otra cara –la de la bondad, del amor, la compasión, el altruismo y la reconciliación– quedaba separada, porque ella parecía incitar a una recaída en la veneración, el desamparo y la impotencia medievales. En asocio con las ciencias naturales, la voluntad de dominio, entonces, se hizo cargo de la represión y del aislamiento de aquellas características psíquicas que parecían entorpecer el ascenso del individuo hacia su poderosa autodeificación.

Escogí el término manía procedente de la psiquiatría para caracterizar la desmesura de la ambición que se orienta por la ilusión de que al final nos esperaría una independencia o libertad absoluta casi divina. Ha habido, sin embargo, todas las veces de nuevo, fases intermedias en las que importantes pensadores consiguieron que se prestara atención a la observación de que la cohesión de las comunidades humanas requiere de unos impulsos sociales, sin los cuales ninguna sociedad justa es posible. A Rousseau le preocupaba que el progreso asfixiara la humanidad de los corazones. David Hume trató de conseguir que los sentimientos de simpatía por los congéneres fueran reconocidos como motivos originales de la acción moral. Incluso Adam Smith, el inventor de la economía de mercado liberal, en su gran libro sobre los “Sentimientos





éticos” alababa la benevolencia y la simpatía como fuerzas contrarias a los aplastantes intereses egoístas. Schopenhauer fue muy enfático al señalar que sólo la compasión echaría los cimientos de la justicia. Nadie insistió de modo tan decidido como él en la compasión como motivo ético fundamental. No obstante, Schopenhauer veía en ella una cualidad de las mujeres, en cuya capacidad de asumir tareas culturales de alguna responsabilidad –por otra parte– creía tan poco, como más tarde lo hiciera Freud.

Con todo, el ascenso sin precedentes de la técnica, que se produjera a continuación, fue experimentado como una maravillosa afirmación de la voluntad de apoderamiento masculina. Se celebraba a Nietzsche, quien dio forma al sueño de la autodeificación en la imagen del superhombre. Hacían perfecto juego con ella las invectivas que él lanzara contra los sentimientos supuestamente castrantes, en primer lugar contra la compasión. Los débiles no merecían protección alguna, deberían perecer. La compasión sería venenosa por contribuir a conservar lo que está maduro para hundirse. El Bueno sería el último hombre, la especie de hombre más dañina. Al Bueno se lo habría inventado el hombre del resentimiento. Todo esto, Nietzsche lo escribió en los años de una enfermedad extremadamente dolorosa, cuando luchaba con su propio sufrimiento y con la autocompasión. Su ética, sin embargo, desplegó efectos poderosos por muchísimos años. Y ella aún en el presente está viva, por ejemplo como arma contra los “afeminados europeos o eurófilos”, como ya se ha señalado.

Resulta evidente que de todos modos el desarrollo técnico ayudó –si es que uno pudiera atreverse a hablar de ayuda en este caso– a disminuir notablemente la inclinación a experimentar compasión y la capacidad de sentir por el otro. El potencial de destrucción masiva que sigue acumulado en miles de armas nucleares resulta invisible. Al mismo tiempo, no se puede sentir con anticipación el previsible sufrimiento de las potenciales víctimas puestas en la mira. Los pilotos de guerra, que desde alturas inalcanzables sueltan bombas y cohetes accionando algún botón no ven nada de los hombres despedazados y mutilados. No oyen gritos. Ya raras veces la guerra es una lucha, es más bien una ejecución realizada por hombres, que desde lejos traen la muerte en unos aviones o barcos de guerra. Además, los vigilados medios, desde Vietnam, se hacen cargo de que sólo se presenten imágenes de las crueldades del enemigo.

Joseph Weizenbaun habla de la enorme distancia que últimamente podemos colocar entre nuestros actos y los efectos de los mismos. Podemos planear y ejecutar unas brutalidades sin sentir en lo más mínimo sus consecuencias. Este es, entre otras cosas, también un “éxito” de la ciencia computarizada. Y resulta apenas sintomático el hecho de que el centro de investigaciones técnicas más importante en el mundo, el MIT, suele colocar sus conocimientos nuevos siempre primero a disposición del Pentágono, que es su principal patrocinador. Se puede interpretar como un triunfo

de la voluntad de apoderamiento su capacidad de anestesiar con los nuevos medios técnicos la sensibilidad social, que es su contrincante más peligroso. Pero lo que ahí se reprime es el sistema inmunológico psicológico que se presenta como indispensable para la defensa contra la terrible común autoamenaza.

Así, no será una exageración afirmar que la represión hoy más peligrosa tiene que ver precisamente con la sensibilidad social que es la única capaz de frenar la continua caída en una deshumanización finalmente mortal. Y el psicoanálisis puede considerarse competente para dar ilustración sobre este fatal proceso social de represión. A comienzos de los años ochenta se unieron psicoanalistas, psiquiatras y otros médicos de muchos países para oponerle a la carrera armamentista nuclear ilustración sobre las incalculables consecuencias médicas de las catástrofes nucleares. Se quería que los hombres supieran que en tales casos la medicina no puede hacer absolutamente nada. Se nos reprochaba que sembráramos el miedo. Pero esto era exactamente lo que queríamos hacer. Queríamos que los hombres sintieran la amenaza a la que están expuestos y que se dieran cuenta de su corresponsabilidad, que cayeran en cuenta de que en un caso de guerra les podía tocar convertir en realidad lo que se manejaba como amenaza con fines de intimidación.

Los psicoanalistas ciertamente sabemos que con llamados morales no se consigue nada. Algo reprimido no se deja remover si no se está moviendo ya de manera espontánea. Pero si ya en alguna medida se está moviendo, se puede reforzar. Es el caso, por ejemplo, cuando se siente que cuesta trabajo mantener reprimidos ciertos recuerdos. Nosotros, los alemanes, aun si quisiéramos no podríamos escapar del recuerdo de la culpa de dos guerras mundiales y del Holocausto. La juventud se agolpa en masa para ver películas como “La lista de Schindler” o “El pianista”, y también para conocer la exposición sobre los crímenes de la Wehrmacht. Allí se enteran de cosas importantes sobre una inquietante herencia mental, que sus familias muchas veces mantenían en secreto. Los jóvenes experimentan la sensación de horror, vergüenza, compasión, pero también alguna esperanza de que aun bajo la amenaza de la más terrible barbarie la humanidad tiene alguna oportunidad. Si el terrible pasado común en este país dejó una particular idiosincracia contraria a la violencia guerrera, en mi opinión esto no debe ser causa de vergüenza, y un canciller no debe pedir disculpas por ello.

La historia de los americanos es otra cosa. Ellos ayudaron de manera decisiva a liberar al mundo del terror Nazi. Fueron una fuerte defensa contra el Stalinismo. Por otro lado, ellos también cargan su culpa: Hiroshima, con más de 200.000 víctimas; Vietnam, donde el Dioxino fumigado alcanzó una cantidad que habría sido suficiente para intoxicar a la humanidad entera. Vietnam les produjo una breve crisis moral, de modo





que buscaron a un redentor, y encontraron al piadoso Jimmy Carter que justamente ahora, cuando estamos al borde de la guerra contra Irak, les es presentado como un monumento en calidad de un Premio Nobel por la paz. Pero por sobre cualquier cosa ellos querían conservar a Hiroshima como una pieza heroica digna de gloria. Una gran exposición programada con motivo de los 50 años de la bomba de Hiroshima para el Smithsonian-Museum, en Washington, fue prohibida bajo grandes presiones, porque ella, además de presentar una orientación patriótica, iba a mostrar los destrozos y los efectos que la bomba produjo entre los hombres. Aún hoy no se permite que sea observado lo que en aquel entonces se ha causado. Sin embargo, los críticos no dan tregua. El libro del psiquiatra Robert J. Lifton volvió a perturbar la represión.

Como quizás recuerden algunas personas, yo escribí un libro con el título *Quien no quiere sufrir tiene que odiar*<sup>4</sup>. Se podría agregar “Quien no quiere experimentar compasión tiene que odiar”. Tiene que odiar a los otros que todavía sienten compasión, porque se le presentan como un reproche castigador. Desde cuando la voluntad de apoderamiento se deshizo de sus inhibiciones, el odio, como defensa contra el sentimiento de culpa, está al asecho todo el tiempo. No obstante, el odio siempre conserva algún tinte de miedo. No puede ser de otra manera, porque el sufrimiento es una faceta de la vida que no se puede eliminar; cuanto más se eleva uno por encima de los demás menos lo logra. Esto presenta una correspondencia con la manía, que a toda hora se mueve entre el abismo de la depresión y el odio de uno mismo.

Ahora bien, tuvo lugar el 11 de septiembre. Éste, por cierto, no cambió al mundo, pero desenmascaró el carácter de ilusión propio, precisamente, de aquella idea egomaniaca del mundo, que de manera tan despiadada impulsa en nuestro sistema la febril carrera de competencia. No existe la grandiosa libertad esperada en asocio con aquella cuasi-omnipotencia que ya se ha logrado y de la cual se creía tan segura precisamente la potencia hegemónica absolutamente dominante en la actualidad. En el país con la economía más fuerte, con el mayor potencial armamentístico, la más avanzada técnica y el sistema de espionaje más costoso, un par de terroristas casi desarmados pudo afectar a los símbolos del poder económico y militar de manera arrasadora. Ninguna victoria, por enorme que sea la superioridad de fuerza que pueda demostrar, ha sido ni será capaz en absoluto de modificar la propia vulnerabilidad, porque la independencia buscada no existe. Así que la vulnerabilidad se conserva siempre, cosa que también se le hace sentir a Israel, que con la escalada de la violencia militar sólo logra abonar el suelo para un nuevo odio terrorista y nuevas acciones suicidas.

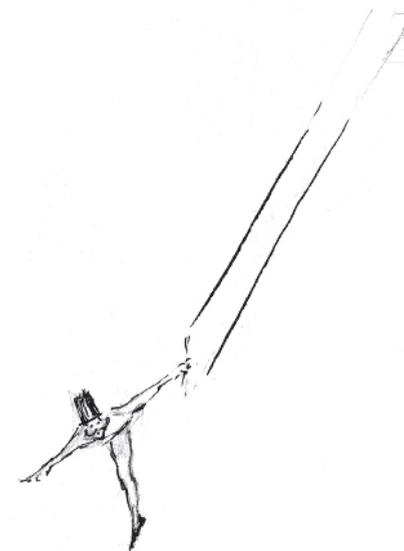
Fue justamente esto lo que el politólogo americano Benjamin Barber quiso explicar a su presidente cuando después del once de septiembre le escribió: “El terrorismo es sólo la forma negativa y distorsionada de la interdependencia mutua,

<sup>4</sup> Título original *Wer nicht leiden will muss hassen. Zur Epidemie der Gewalt*, 1994 [N. del T.].

que en su forma positiva y útil no estamos dispuestos a reconocer”. La frase contiene el descomunal llamado a reconocer un hecho que en realidad resultaría muy simple y banal si a él no se le opusiera toda la moderna creencia de la omnipotencia alcanzable mediante una fuerza superior con su base en la autoimagen maniática de un Ego masculino que cree poder elevarse hacia la autonomía absoluta.

Permítanme, señoras y señores, un pequeño desvío acerca de una experiencia autobiográfica que, paso por paso, me ha conducido a dudar de tales visiones. Cuando hace exactamente medio siglo inicié mi trabajo como Director de una oficina de asesoría e investigación para alteraciones psíquicas en la edad infantil y juvenil en Berlín, pronto hallaba confirmado algo que había aprendido como joven psicoanalista y que seguía observando. Resultaba que las alteraciones psíquicas y/o psicósomáticas de los niños en su mayoría absoluta estaban relacionadas con unos conflictos inconscientes. Pero estos conflictos los podía entender sólo si estudiaba de qué manera cada niño estaba entrelazado en el entramado de la familia o al menos en el de la relación madre-hijo/a. ¡Qué diálogos! ¿Qué relación había entre miedos, añoranzas, porfía, deseos de poder, celos, impulsos de venganza? ¿Cómo se relacionaban los síntomas de los niños con los dramas familiares comprensibles? De este modo llegué, sin haberlo planeado, a revisar la imagen clásica de un aparato psíquico individual encapsulado para cuyo desarrollo el niño se apoderaría más o menos exitosamente del mundo externo, para formar así su estructura interna. En vez de seguir tal representación, pronto me apoyaba cada vez más en la escuela psicoanalítica húngara que insistía en la reciprocidad de todos los sucesos psíquicos desde el mismo alumbramiento. Yo mismo me siento cercano a Norbert Elias, a quien le extrañaba que bajo la palabra “Yo” entendiéramos algo separado de todas las personas y de todas las cosas ahí “fuera”, es decir el hombre como *homo clausus*, en vez de entenderlo como una personalidad abierta que si bien puede alcanzar una cierta autonomía sigue dependiendo de y orientada por otras personas durante toda su vida. Desde mis primeros libros publicados en los años sesenta vengo siguiendo esta pista. Eran los libros *Padres, hijos y neurosis*<sup>5</sup> y *La familia como paciente*<sup>6</sup>. Descubrí cómo las madres, los padres, la escuela, las luchas de poder de nuestro sistema, tempranamente permean la psique de nuestros niños, elevando dentro de ellos mismos un muro de separación contra lo otro. Es el caso especialmente de los varones. Lo otro interior es entonces aquello a lo que desde muy temprano se teme como amenaza para la potencia; es lo débil, el apego, el depender de los otros, la ligazón.

Durante los años setenta gran parte de la juventud estudiantil buscaba exactamente esto otro. La gente iba a los asilos de jóvenes, a las prisiones juveniles y a los guetos de los destechados; se visitaba a los que sufrían de enfermedades psíquicas y



<sup>5</sup> Título original *Eltern, Kind und Neurose*. Psychoanalyse der kindlichen Rolle, 1969 [N. del T.].

<sup>6</sup> Título original *Patient Familie. Entstehung, Struktur und Therapie von Konflikten in Ehe und Familie*, 1970 [N. del T.].



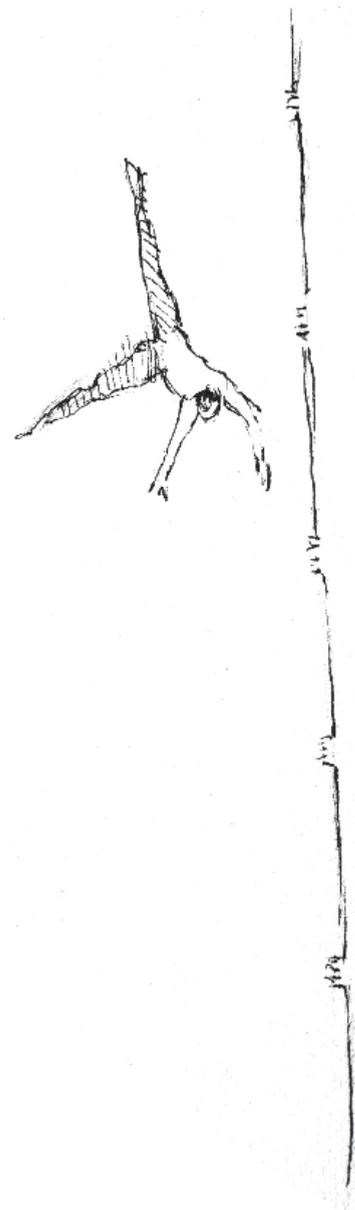
mucha gente se fue al Tercer Mundo para apoyar a los desaventajados –pero también para integrar en ellos mismos esto otro. Aquellas personas en su acercamiento a los débiles no se concebían como salvadores llegados desde arriba, sino que querían probarse en condición de igualdad. Así mismo los jóvenes varones también querían vivir plenamente sus necesidades pasivas y su sensibilidad. Ante todo estaba muy presente una idea: no podemos emanciparnos y humanizar nuestra cultura de manera individual sino sólo colectivamente. Como hongos después de la lluvia surgieron grupos de autogestión, comunidades de residencia politizadas, grupos padres-hijos. Florecían las terapias de parejas y grupos. La preocupación por los otros, la capacidad de formar comunidad, la integración de extraños, el sentido de responsabilidad se volvieron criterios para la salud psíquica. Se buscaba la ayuda del psicoanálisis. Se esperaba apoyo ante todo de parte de los nuevos conocimientos sobre los procesos inconscientes de interacción y de grupos, y no tanto de parte del psicoanálisis del narcisismo ni de la terapia del hambriento Ego.

Pero fue sólo una rebelión breve contra la arraigada ideología de la egomanía y contra su penetración en las estructuras neoliberales. La asesina carrera nuclear de la Guerra Fría, que el mismo Secretario General de la ONU calificara de locura, terminó por envolver como una gélida niebla a la euforia social. Algunos modelos de reforma resistieron, pero en general se inició un movimiento hacia atrás. Y no fueron pocos los representantes de la vanguardia social que –para no tener que sufrir– se apresuraron a enterrar sus ideales y encontraron refugio en el viejo truco de las uvas ácidas.

Hoy es corriente pensar: lo que fracasó estuvo equivocado. Quien gana está bien enfocado y tiene la razón. En realidad, mucho de lo que en aquel tiempo de partida se ensayó fue exagerado, precipitado e inmaduro. El objetivo era el ascenso hacia un nivel del sentido de responsabilidad más alto y más adulto. Pero la energía y la sensatez no alcanzaron para cumplir las pretensiones. No obstante, los experimentos realizados promovieron un descubrimiento ya difícil de erradicar. Me refiero a la posibilidad de desarrollar una conciencia de comunidad y modestia que supera la falsa idealización de la voluntad de poder y la falsa depreciación de la sensibilidad. El conocido filósofo americano Richard Rorty ha formulado la tesis provocadora que adopté como lema para mi nuevo libro.

El progreso moral depende de que el alcance de la compasión se haga cada vez más amplio. No depende de que nos elevemos por encima de la sensibilidad y progrese-  
mos hacia la razón.

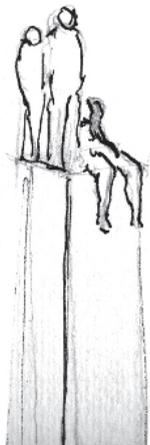
Sensibilidad y compasión; esto suena a una postura apolítica. Se piensa en la madre Teresa y en la princesa Diana. Pero a Nelson Mandela, quien alguna vez fuera



líder de una organización terrorista, nadie lo calificaría de apolítico en razón de su papel como impulsor de una política de reconciliación única y que naciera de su fe en la posibilidad de superar la violencia mediante el humanismo. A él, 27 años de prisión y la experiencia de impotencia frente a las crueldades del apartheid le sirvieron para aprender cómo evitar la sangrienta campaña de venganza que todo el mundo esperaba como algo ineludible. Willy Brandt, el hombre de las resistencias, en ocasiones decía de su política que era una política de compasión. Era la manera de señalar sus motivos para luchar por la justicia social y por la paz. ¿De dónde proviene en la cultura cristiana el miedo a reconocer aquella disposición interior nuestra de la cual dependen nuestra humanidad y, en última instancia, nuestra búsqueda de justicia?

El miedo ha de nacer precisamente de la estigmatización de los sentimientos y de las convicciones que alguna vez definieran lo cristiano y en cuyo lugar ahora se ha instalado la pretensión de autoliberación egomaniática. Esta misma pretensión lleva a la nación líder de Occidente a abandonar unos compromisos colectivos muy urgentes sin ningún pudor. Pienso en la Convención sobre el Clima y en la cuestión del sometimiento a las decisiones de la Corte Internacional para los Derechos Humanos, por ejemplo. Resulta inminente la amenaza de un deslizamiento del mundo hacia un peligroso orden imperial. Por otra parte, por lo pronto las resistencias contra tal evolución son débiles. Es así justamente porque la persecución de la independencia por el camino de la superioridad de la fuerza se encuentra en concordancia con una falsa creencia occidental que conserva su poder de atracción. En nombre de la lucha del Bien contra el Mal esa falsa creencia persiste en la producción continua de nuevas escisiones en el mundo. Algún día se llega a la muerte triunfando, al mismo estilo que se vislumbra por ejemplo en la cadena de violencia en Israel y Palestina.

Señoras y señores, ¿es posible otro mundo? Con mi ponencia los he llevado hacia esa pregunta. Pero desde un comienzo advertí que me iba a centrar en la búsqueda de aquello reprimido cuya liberación en la actualidad sería deseable en primer lugar. Por esta vía encontré diversas formas de resistencia contra las cuales el espíritu de guerra actualmente dominante aún se defiende: Se trata entre otras cosas del encubrimiento técnico de la brutalidad, de la estigmatización ideológica de la sensibilidad, de la defensa agresiva contra el sufrimiento que se ajusta al molde "Quien no quiere sufrir tiene que odiar". Las raíces de la fatal y unilateral voluntad de apoderamiento se muestran muy profundas. Esto se debe al esfuerzo que le costó sobreponerse a los sentimientos de ligazón reprimidos. A estos se les teme porque se cree que pueden llevar a la recaída en la impotencia y en el estado de minoría de edad. Precisamente estos sentimientos de ligazón deben ser recuperados a través de un cambio de la imagen individualista del hombre por la imagen de unos seres



humanos que desde su nacimiento están referidos unos a otros y que se encuentran entrelazados en unas relaciones trascendentales entre las generaciones.

Con respecto a la pregunta de si es posible otro mundo, y a propósito de la preocupación que Freud formulara en 1930, hemos de constatar que aún en la actualidad el mundo se sigue dirigiendo hacia el peligro cada vez más grande de la autodestrucción conjunta. Hay que construir un mundo distinto. Y, ciertamente en el seno de las sociedades se están haciendo sentir unas fuerzas que aspiran a lograr algo así.

En el título de mi exposición conscientemente aludí al lema con el que en Alemania se fundó el movimiento crítico frente a la globalización, *attac*. Era éste: "Otro mundo es posible". Me alegran el valor y el gran sentido de responsabilidad de este creciente movimiento internacional, y con todo gusto lo apoyo. Al menos representa un principio creativo importante y valiente que a mí me parece convincente. La pregunta por lo posible en todo caso siempre remite primero a la decisión que toman las personas en relación con su disposición de colaborar personalmente en el hacer posible. Debido a la disminución de mis propias energías yo ya no puedo ofrecer mucho, apenas una modesta participación en las actividades por la paz de los "Médicos por la Paz y por la Responsabilidad Social". Su tarea, en todo caso, es y seguirá siendo una pieza central del programa de cambio del mundo. Ella concuerda con una frase de Willy Brandt que decía: "La paz no lo es todo, pero sin paz todo es nada".

